

ct

International Airport 2016

de
Esther Lázaro

(fragmento)

Mujer joven, aspecto discreto, de unos treinta años.

Hombre mayor, vestido con aire juvenil, entre sesenta y setenta años.

Aeropuerto. Sillas en fila, para la espera.

Mujer joven trabaja en un portátil apoyado en sus piernas mientras mueve ligeramente la cabeza al son de una música que se oye con fuerza, procedente de sus auriculares. Un hombre, notablemente mayor que ella, se sienta en el otro extremo de la fila de sillas. La mira y abre un periódico. Lo hojea. Vuelve a mirar a la mujer. Cierra el periódico. Consulta su móvil un rato. Va mirando a la mujer de vez en cuando. Ella no aparta los ojos del portátil en ningún momento. Finalmente, él se levanta y andurrea alrededor de los asientos. Trata, en vano, de observar el rostro de la mujer, que no lo levanta de la pantalla. Se aleja, se aproxima. Se decide y se sienta a dos sillas de distancia.

H

¡Menuda la que está cayendo ahí afuera, eh!...

(La mujer no le oye. Él la toca ligeramente. Ella se sobresalta).

H

Perdona.

(Levanta la vista y se quita los cascos. La música se oye ahora mucho más amortiguada).

H

¡Susanita!

M

Hola...

H

¡Hombre, qué de tiempo!...

M

Sí...

H

Llevaba un rato mirándote y no estaba seguro de si eras tú o no. ¡No has cambiado nada!...

M

Bueno...

H
¿Cómo estás? ¡Qué bien te veo! ¿Qué haces aquí?

M
Mira... Esperando un vuelo.

H
Sí, yo también.

(Se quedan mirando unos segundos. Él, radiante. Ella, contrariada).

H
Bueno, dos besos, ¿no?

(Se levanta y se le acerca. Ella cierra el portátil, la música cesa del todo. Se lo aparta y se pone en pie. Se dan dos besos. Él la mira).

H
Igual sí que has cambiado algo.

M
Han pasado dieciséis años...

H
¿Ya? ¡¿Tanto tiempo?! Madre mía, ¡qué vértigo!... Yo me veo igual. ¿O no?

M
Sí, supongo.

H
¿Cómo que supones? Pero mírame, mujer *(da una vuelta sobre sí mismo)*. ¿Qué? ¿Estoy o no estoy igual?

M
Bueno...

H
¡Sigo hecho un chaval!...

M
Sí, sí, se nota.

H
Pues claro. ¡Eternamente joven! Como tú.

M
Hombre, yo...

H
Tienes la misma cara, ¡la misma!

M
Vaya...

H
Eso es bueno, ¿eh? Es un piropo, Susanita.

M
Pues gracias.

(Pausa).

H
Bueno, ¿y qué me cuentas? ¿Cómo te va todo? ¿A dónde vas?

M
Susana. Lo de Susanita, ya...

H
Ay, perdona. Es que me parece ayer cuando aún te/

M
Hacia el norte.

H
¿Cómo?

M
Que voy hacia el norte.

H
Ah, muy bien. Yo bajo, voy de vuelta casa. ¡Siempre en direcciones contrarias, nosotros!

M
Opuestas, más bien.

(Pausa).

H
Estuve unos días en un seminario, con chavales jóvenes, y luego me sentí tan revitalizado que he aprovechado para pasar el fin de semana a mi aire, de relax, para descansar un poco del trabajo, ya sabes. Bueno, venga, ¿y tú qué?, di, ¿qué es de tu vida?

M
Sobrevivo.

H
Claro, como todos. ¿Qué haces ahora?

M
¿Ahora?

H
Bueno, ahora o en los últimos... dieciséis años.

M
Pues ya ves... Sobrevivir.

H
¿Cómo están todos en tu casa? ¡Me acuerdo mucho de tus hermanos!...

M
¿Ah, sí?

H
Bueno, mucho... Es un decir.

M
¿Os habéis...?

H
No, no, la verdad es que no. También les perdí la pista.

(Pausa).

H
¿Casada?

M
¿Qué? No...

H
Mejor, es lo más honrado. Yo tengo dos divorcios a mis espaldas. Y ahora ando amancebado, pero guárdame el secreto, ¿eh?

M
Claro...

H
¿Y tú? ¿No estás con nadie, aunque sea viviendo en pecado?

M
No.

H
Bueno, ya llegará...

M
O no...

H
Eres tan joven, aún. Tan joven... Se te ve muy bien, de verdad. Muy bien.

M
Gracias.

(Él se fija en el portátil).

H
¿Trabajabas?

M
¿Qué? No. Sí. Sí, estaba... en ello.

H
¿Y qué haces?

M
Diseño páginas web.

H
Oh, vaya, qué interesante... ¿Y te ganas bien la vida?

M
Sobrevivo, sí.

H
¿Trabajas para una empresa o eres freelance?

M
Autónoma.

H
Es arriesgado en los tiempos que corren, pero tú siempre tuviste mucha iniciativa.

M
No siempre.

H
Sí, lo llevas en la sangre. Tu padre era igual.

(Pausa).

H

No sé yo si con esta tormenta volaremos hoy o mañana. ¿Te están esperando?

M

No. Sí. Sí, en realidad sí.

H

¿Dónde vives ahora? Desde que os fuisteis del barrio...

M

Fuera.

H

Pero ¿fuera de...?

M

En el extranjero.

H

Haces bien. Yo de joven también viví en el extranjero unos años. ¡Qué años! Ser joven en los setenta, con la herencia del 68... ¡Qué vida! Iba todo el día colo-... coloreando nubes en mi mente y haciendo castillos en el aire. ¡Era un poco un bala perdida!...

M

Ya...

H

Pero, al final, ya ves, se acaba por volver. Tú también volverás, te lo digo yo. La tierra tira...

M

No creo.

H

Claro que tira. Ahora no te lo parece, pero dentro de unos años, ya verás, empezarás a sentirte extraña en cualquier parte. No sabrás a qué atribuirlo hasta que un día te dejes caer por tu ciudad, para ver a tus hermanos o visitar la sagrada sepultura de tus padres, y entonces te darás cuenta de que has dejado de sentir esa presión en el pecho que te perseguía y será porque tu alma se siente en casa. En su tierra.

M

Es mi tierra la que me produce una presión en el pecho...

H

Bueno, eso pasará. Como todo. Ya lo decía aquel: todo pasa.

M
Y todo queda.

(Pausa).

H
Pero lo nuestro es pasar haciendo caminos.

(Pausa).

H
Bueno, oye, que si quieres seguir trabajando, no quisiera yo distraerte más.

M
Pues sí, gracias. Es que debo entregar el...

H
Sí, por supuesto, vuelve a tu tarea. Siempre fuiste una niña muy aplicada, ya lo creo.

(La mujer le mira. Pausa. Abre de nuevo el portátil y se pone a trabajar).

H
¡Qué alegría verte de nuevo, después de tantos años!... Encontrarse en un lugar así es... ¡casi un milagro! ¿No te parece?

(La mujer le mira. Pausa).

M
Si te lo parece a ti, que eres el experto.

(Él ríe).

M
¿Todavía eres...?

H
Sí, por supuesto, hace años que me hicieron fijo.

M
Y... ¿cómo... te va?

H
¡Bien! Siempre hay almas atormentadas por estos mundos de Dios a las que ayudar, y que luego saben agradecerlo debidamente y pagan sin rechistar, de buena gana.

M
Como no llevas...

H

Chiquilla, ¡no voy a ir por el mundo con el uniforme puesto! Apuro hasta el último momento, sobre todo cuando viajo.

M

Ya... Pero tú no... no crees en tu trabajo.

H

Pero ¿qué tonterías dices? ¡Claro que creo en mi trabajo! Me encanta lo que hago, la vida que tengo. Había hecho miles de cosas antes, pero cuando por fin descubrí mi vocación supe que nunca podría hacer nada más. Y ahí sigo. Soy un privilegiado, lo sé. Y lo aprovecho al máximo. Ojalá a ti eso de las webs te llene tanto como yo siento que me lle-... ¿Te... estás bien?

M

Eh... sí... Sí, todo bien. Sólo me... Nada, no ha sido nada.

H

¿Has comido algo?

M

Sí, en el avión.

H

Lo que sirven a bordo no cuenta, suele ser una porquería de comida. Quizás haya sido justamente eso, que te ha sentado mal.

M

No, estoy bien...

H

Espera aquí, voy a comprar algo, ahora vengo.

M

No hace falta, en serio.

H

Anda, mujer, deja que te cuide un poco, como en los viejos tiempos.

(Le acaricia el pelo, la mejilla. Sale. Ella se toca por donde la ha tocado él. Cierra el portátil, lo guarda en el maletín, se levanta y agarra su equipaje de mano. Va por salir, pero se para y mira hacia las sillas. Retrocede y vuelve a sentarse como estaba. Saca otra vez el portátil y lo abre. Vuelve a ponerse también la música, que se oye fuerte de nuevo. Él entra con dos vasos humeantes y una bolsa de papel. Se sienta, a dos sillas de distancia, y pone en la que queda entre los dos la compra. Ella vuelve a quitarse los auriculares y a cerrar el portátil. La música cesa).

H

Una manzanilla para ti, un carajillo para mí, y, como no estaba seguro de si sigues siendo más de salado que de dulce, he comprado un bocadillo de jamón y una napolitana de chocolate. Tiene todo muy buena pinta.

M

Gracias.

H

¿Qué eliges? Lo que no quieras me lo como yo.

M

La verdad es que no... Con la manzanilla tengo bastante.

H

No, ni hablar, come algo, mujer. Que aunque no tengas que crecer, la noche parece que va a ser larga; están todos los vuelos en stand by.

M

No, de verdad...

H

Venga, ten, el bocadillo te alimentará más.

M

Que no, muchas gracias, en serio.

H

Ten, cógelo.

M

Estoy bien así.

H

Que lo cojas, te digo.

M

No...

H

Cógelo. Venga, come.

M

Yo...

H

Vamos, no te hagas de rogar. Métetelo en la boca, va.

M
No...

H
Que te lo comas.

M
Es que...

H
Métetelo.

(Pausa. Se miran. Ella se lleva el bocadillo a la boca y le da un mordisco).

H
Así, muy bien. ¿Ves como no es tan difícil? Qué tozuda sigues siendo, por Dios. Tu padre era un santo varón, pero no consiguió meterte nunca en cintura, y luego tuvimos que acarrear los demás con las consecuencias...

M
Nadie os pidió que lo hicierais.

H
Era mi obligación. Lo sigue siendo.

M
Ya soy mayor.

H
Sí, lo sé, ya lo veo. Has crecido... ¡Aunque sigues teniendo la misma cara, qué gracia!

(Pausa. Ella deja el bocadillo y coge un vaso).

H
Termínatelo, ¿eh?

M
No eres mi padre...

H
Bueno, como si lo fuera.

(Él coge el otro vaso y bebe).

H
¡Oye, bribonzuela! Querías quedarte con mi carajillo, ¿eh? Trae, esta es la manzanilla.

(Al intercambiarse los vasos, él le toma una mano).

H

Sigues teniendo las manos pequeñas, finas.

(Se miran. Le besa la mano y la suelta. Ella la mantiene en el aire unos instantes, antes de retirarla. Coge de nuevo su portátil).

M

Tengo que...

H

Sí, claro, trabaja, trabaja.

(Ella abre el portátil y se zambulle tras la pantalla. Él la mira).

H

Ahora ya tienes mejor aspecto, sí, te han vuelto los colores.

(Pausa).

H

Trabaja, pero ve comiendo, ¿eh?

M

¿Qué? Sí...

(Coge el bocadillo y se lo irá comiendo poco a poco. Pausa).

H

Pues me alegro mucho de que te vaya bien en la vida. Ni te imaginas la de veces que me pregunté qué sería de ti. Sabía que estarías bien, claro, ¿cómo no ibas a estarlo? Pero como te fuiste de aquella manera...

(Ella le mira. Sigue trabajando).

H

He pensado mucho en ti, a lo largo de estos años. Al principio pregunté por vuestras señas, pero no sé por qué no pasé a visitaros entonces. Tampoco me quedaba tan lejos, con el coche era una distancia razonable. Imagino que no quería importunaros con mi presencia, o que os vierais obligados a invitarme a que me quedara a comer o algo así, en señal de agradecimiento. Era normal que os sintierais agradecidos y quisierais recompensármelo de algún modo, modestamente, dentro de vuestras posibilidades...

(Ella le mira. Sigue trabajando).

H

Pero tardé bastante tiempo en acercarme por allí. No entiendo por qué. Tu hermano Santi se había juntado con esa chica morena, mayor que él. ¿Todavía están juntos? No le pegaba nada... Y Sergio andurreaba por la casa como alma en pena, mascullando no recuerdo qué sobre una obra de teatro para los niños del colegio en el que daba clases de básquet como extraescolar, según me contó después Santi. Aquello de una obra de teatro para niños me inspiró para crear ese grupito con las chavalinas y chavalines del barrio, aunque no duráramos más que una representación, por desgracia...

(Ella le mira. Sigue trabajando).

H

Tú no estabas. Me dijo tu hermano que trabajabas, que ayudabas a una señora del bloque en su mercería a cambio de cuatro duros. Me animó a que te fuera a ver. “¡Se va a alegrar mucho de verte!”, me dijo. Le pregunté, creo que fue un poco por vanidad, si os acordabais de mí, si me teníais en vuestros pensamientos y en vuestras oraciones. Pareció un tanto incómodo por ese alarde mío de narcisismo, pero, educado, como siempre, me dijo que sí, que por supuesto. Que a menudo hablabais de mí, en casa. De lo muy en deuda, sí, eso dijo, de lo muy en deuda que os sentíais por todo lo que había hecho por vosotros después de lo que pasó. Y que me nombrabais a menudo. Su concubina lo ratificó, con gestos exagerados. “¡Oh, sí, no paran de nombrarle! Que si Fermín por aquí, que si Fermín por allá...” Y luego añadió algo que me dolió un poco, lo reconozco. “La única que no les secunda en sus batallitas es Susana”. Parece que entonces ya te llamaban Susana. “Ah, ¿no?”, pregunté a la deslenguada. “Qué va, Susana, de hecho, ¡no quiere ni oírle nombrar!”. Y luego soltó una carcajada de gallina clueca, totalmente fuera de lugar, de muy mal gusto.

(Ella le mira. Sigue trabajando).

H

Realmente, no pegaban nada esa morenita y tu hermano... Él se apresuró a aclarar el malentendido. Dijo que estabas muy susceptible esos últimos... tiempos. Que lo ocurrido te había afectado mucho, que al principio parecía que lo llevabas bien, pero que al cabo de unos meses no eras la misma. Que la idea de cambiar de barrio, para alejarte de los recuerdos, tampoco parecía que hubiera surtido efecto, porque te dolía todo lo que tuviera que ver con vuestra vida pasada, con el barrio, con tus padres... incluso conmigo, que tanto había hecho por vosotros. Pero que esperaba que el tiempo lo curara todo. Que todo pasa...

(Ella le mira. Sigue trabajando).

H

Me dio la dirección de la mercería, y volvió a insistir en que ¡te alegrarías tanto de verme!... Insistió tanto que sí, que me pasé a verte. La verdad es que me moría de ganas. Había ido hasta allí para eso, para verte a ti, para ver tu carita de... muñeca. Esta carita preciosa que tienes, que está igual, que no ha cambiado...

(Él le acaricia de nuevo la mejilla. Ella se aparta casi imperceptiblemente, pero no lo suficiente para que él no la toque. Él se da cuenta del gesto y aparta la mano con suavidad. Se le acerca, casi susurrante).

H

Si te soy sincero, ¡pensaba tanto en ti!... De camino, cuando me decidí a ir a veros al fin, fantaseaba con la idea de encontrarte sola en la casa. De poder estar a solas contigo, charlando animadamente, que me contaras las novedades de tu vida, que me pidieras consejo, consuelo, compañía,... como antes.

(Ella le mira. No sigue trabajando).